El mito de Drácula en la literatura y otras artes

María Isabel Alegría Bocio

María González García

Emilia Morote Peñalver

La literatura vampírica hunde sus raíces en "la fiebre del vampirismo" que se extendió por Europa a principios del siglo XVIII, especialmente en el periodo entre 1720-1740. En diversos ámbitos, comenzaron a circular extrañas historias sobre exhumaciones de vampiros con testigos académicos y jurídicos confirmados, en varios lugares de Europa Oriental.

Una revista científica alemana consagró en 1748 un número al fenómeno del vampirismo y publicó un poema en alemán que actualmente es considerado el primer texto literario que aborda el tema vampírico, aunque dentro de los cánones de la poesía popular. *El vampiro*, no refería, sin embargo, la historia de ningún muerto viviente, sino la de un intrépido amante que, tras haber sido rechazado por una joven piadosa, la amenaza con convertirse en vampiro y vengarse de ella visitando su alcoba por la noche, para demostrarle que su amor es más fuerte que las enseñanzas cristianas de su madre.

Las primeras baladas que se ocuparon de este tema se vieron influidas, en cierto sentido, por "La danza de la muerte" medieval, en la que ésta viene a buscar a los vivos sin importar su situación ni condición social. Posteriormente es G.A. Bürger, uno de los máximos representantes del movimiento "Sturm und Drang", quien realiza el primer tratamiento literario de la superstición del vampirismo en su poema *Lenore*.

En 1797, Johann Wolfgang Goethe publica *La novia de Corinto*, en donde una muchacha muere de pena porque sus padres no la dejan casarse. Para vengar la dicha arrebatada, abandona por la noche el sepulcro, se presenta en la habitación de su prometido y, tras gozar con él como jamás lo ha hecho en vida, lo vampiriza. Una vez

descubierta, la muchacha vuelve a morir y sus parientes rompen la maldición quemando su cuerpo.

El poema *Christabel* de S.T. Coleridge, también de 1797, es la primera mención a los vampiros en la literatura inglesa. Cuando Coleridge publicó este poema sin haberlo concluido, provocó un gran desconcierto entre los críticos. La trama, con sugerencias de lesbianismo e incesto dejó, sin embargo, una profunda huella en la literatura inglesa del siglo XIX. También Lord Byron alude al vampirismo en un poema épico, como figura trágica condenada a beber la sangre y destruir la vida de sus seres queridos.

En Francia, Charles Nodier, precursor del romanticismo escribió bajo pseudónimo, un melodrama teatral (*Lord Ruthven ou Les Vampires*) que tuvo una gran popularidad en gran parte de Europa y convirtió al vampirismo, encarnado en la figura de Lord Ruthven, en personaje de comedias, ballets, óperas y otros espectáculos. También se sumaron al tratamiento de este tema Prosper Mérimée, Théophile Gautier con *La muerte enamorada*, Alexandre Dumas padre (*La dama pálida)* y Guy de Maupassant.

El romanticismo alemán tampoco se libró de la influencia del lúgubre personaje, con títulos como *Vampirismo*, de Hoffmann o *Deja a los muertos en paz* de Raupach. En 1884 Karl Heinrich Ulrichs escribe *Manor*, en la que por primera vez el vampirismo aparece como una metáfora directa de la homosexualidad masculina.

En Estados Unidos, el relato más antiguo asociado con esta leyenda es *Berenice* de Edgar Allan Poe. También podemos citar la novela *Carmilla*, del autor irlandés Joseph Sheridan Le Fanu. Es este un relato cargado de fascinación erótica lésbica y que motivaría varias adaptaciones cinematográficas en el siglo XX. El tono erótico contiene una carga sexual muy sutil, mostrando que la no muerta está encadenada a su pasión prohibida de la misma forma que al deseo de sangre. Introduce este autor elementos extraídos del folclore popular, como los amuletos contra los vampiros, el horario nocturno o la estaca utilizada para acabar con la vida del vampiro.

Sin embargo, será Bram Stoker (1847-1912) otro autor irlandés, quien al escribir en 1897 su novela *Drácula,* conformará el perfil literario definitivo del mito del vampiro, concretándolo en el conde Drácula con una fuerza poética obsesionante y convirtiéndose en el texto fundacional de toda la leyenda posterior. El libro se inspira en un personaje del siglo XV, el boyardo valaco Vlad Drakul, llamado "Tepes" (el empalador), que fue un héroe de la independencia rumana frente a los turcos. Pero en la novela de Stoker, la apariencia física de su protagonista ya no es la de un caudillo guerrero renacentista, sino la de un aristócrata rumano decadente y algo anticuado, aunque claramente perteneciente al siglo XIX. Su principal arma es la perversa fascinación que ejerce sobre sus infortunadas víctimas, especialmente mujeres jóvenes y bellas, a las que subyuga arrastrándolas al horror de convertirse en sus esclavas, seres "no muertos" condenados a una triste existencia crepuscular y sin esperanza alguna de redención. En esta historia hay una innegable y soterrada sexualidad. El autor escribió su novela basándose en los valores victorianos del siglo XIX, inspirando incontables análisis por parte de lectores y críticos, que se preguntaron, si su mensaje contenía una advertencia sobre el peligro que supone para la sociedad la práctica del sexo sin prevención.

Desde el punto de vista estilístico, esta novela gótica recurre al género epistolar, con una ordenada sucesión de fragmentos de diarios, cartas, artículos periodísticos e incluso algún telegrama, que van dando cuenta de los sucesos que constituyen su argumento a medida que estos se producen. En este relato, alucinante y sobrecogedor unas veces, pausado y realista otras, se mezclan el tono grisáceo de algunos pasajes con las instantáneas poéticas que iluminan la narración con una extraña luz fulgurante, cuando nos aproximamos a la inquietante figura de Drácula. Bram Stoker consigue hacernos creer que el único mundo real es el de los muertos y las tiniebles.

El siglo XX no fue menos proclive que el anterior al mito vampírico, y siguieron proliferando obras que han enfocado al personaje desde ópticas distintas, situándolo en mundos ucrónicos unas veces como en la novela *El imperio del miedo* de Brian Stabeflord, y otras mezclándolo con relatos de misterio, suspense e intriga o de ciencia ficción. El cambio de siglo traerá como novedad en el campo de la literatura juvenil, la

figura de un vampiro mucho más humanizada y despojada de la mayor parte de los rasgos monstruosos y transgresores que la caracterizan.

Si la historia de la literatura ha prohijado la figura del conde Drácula con evidente deleite, el cine no se ha quedado atrás. El primer filme, destacable con mucho, que nos ofrece es, sin duda, *Nosferatu. Una sinfonía del horror* (1922), del director F.W. Murnau. Orlok, el vampiro nacido de su imaginación, tiene tanto de grotesco como de horripilante. Es una figura de pesadilla que nos pone de manifiesto el disparate que son nuestras fantasías de terror, pero también su poder y nos convence de que no puede haber réplica en las pesadillas.

Las tétricas imágenes de esta película (procesiones de hombres vestidos de negro portando ataúdes que llevan a la fosa común los muertos por la peste de la noche anterior), propiciaron que se la relacionara una y otra vez con los acontecimientos políticos de la época, y, bien es cierto que las muertes en masa que aparecen en la película pueden considerarse una alegoría de los horrores de la Primera Guerra Mundial, en la que el director había participado como piloto. Ver esta cinta es contemplar al vampiro cinematográfico antes de que se haya visto realmente a sí mismo. Es la historia de Drácula antes de ser enterrado vivo bajo clichés, chistes, sátiras televisivas e innumerables películas. En esta ocasión, el vampiro surge, no como un flamante actor, sino como un hombre que sufre una espantosa maldición, más parecido a un animal que a un ser humano.

El primer filme hablado sobre el vampiro fue *Drácula* (1931) de Tod Browning, también basado en la novela de Stoker. Esta película quizá sea más famosa por el efecto que tuvo sobre el actor que encarnaba al protagonista, Bela Lugosi, que por sus cualidades: se cuenta que Lugosi, aniquilado por el efecto de las drogas a las que era adicto, murió sin querer renunciar al espíritu de su personaje, y ordenó que lo amortajaran vestido de etiqueta y con la capa, otrora ondulante, con que en tantas ocasiones había aparecido en público, como si todavía estuviese interpretando al personaje.

A partir de 1958, las adaptaciones cinematográficas, protagonizadas muchas de ellas por Chistopher Lee, contienen un toque más erótico, aunque la producción

cinematográfica ha sido tan ingente que, prácticamente, hay un tipo de vampiro para cada gusto. Roman Polansky nos ofrece en *El baile de los vampiros* al primero de ellos decididamente homosexual. Se hizo también un musical con este mismo título y basado en la película, al que le puso música Steinman.

Otras películas que no pueden dejar de figurar en esta somera nómina son *Drácula de Bram Stoker*, de Francis Ford Coppola, *Entrevista con el vampiro* de Neil Jordan, basada en la novela del mismo título de Anne Rice y *Déjame entrar* del director Tomas Alfredson, que consigue dar otra vuelta de tuerca al manido tema del vampirismo. Por lo que respecta a la televisión, numerosas series han ofrecido y ofrecen un acercamiento más que dispar a la figura de esta leyenda: *Sombras tenebrosas* quizá sea la primera de ellas.

En otra, *El señor de las tinieblas*, vemos a un vampiro de ochocientos años trabajando como detective de homicidios, mientras que en *Moonligth* el vampiro será, esta vez, detective privado. *True Blood*, estrenada en 2008, ha conseguido un gran éxito entre los más jóvenes. Por su parte los dibujos animados nos han ofrecido con *El conde Pátula,* un desopilante pato vampiro. Por supuesto que también es posible encontrar en videojuegos y juegos de rol a los temibles chupasangres (*BloodRayne*).

Al señor de la noche también se le puede escuchar: una ópera en dos actos *Der vampyr* con música de Heinrich Marscher nos lo permite. Se estrenó en 1828, pero en el año 2000 se representó en Madrid, traducida al castellano. Existen asimismo varios *ballets* : uno de ellos lleva por título *Morgano*, otro *Love, Drácula* y también podemos citar un ballet pantomima en un acto, titulado *Polichinel vampire*.

La influencia de este mito ha logrado penetrar de tal forma en el inconsciente colectivo que un cuadro del pintor noruego Edvard Munch (considerado por muchos como el pintor de la angustia) que lleva por título *Amor y dolor*, es popularmente conocido como *El vampiro*. Por su parte, el cuadro *El vampiro glorioso*, de Boleslas Biegas, pretende ser una alegoría del horror de la Primera Guerra Mundial, aunque también de la mujer fatal, representada por un ser con más semejanza con las lamias que con el vampiro propiamente dicho.

BIBLIOGRAFÍA

Lindqvist, A. Ajvjde (2009). *Déjame entrar.* Madrid: Espasa.

Stoker, B. (2004). *Drácula.* Madrid: Anaya.

VV.AA. (2001). *El vampiro.* Madrid: Siruela.